El tio Anton al oirse esta rociada, se vuelve friamente á Altano, diciendole: ¿pues qué fuisteis vos el que me venisteis á llamar? sin duda seriais tambien el del agua caliente? Yo, yo fuí, le dice Altano, y oxalá te huviera despellejado; pues ni soy suizo, ni lo fué ninguno de los mios. = Perdonad, amigo, me desdigo; y os agradezco que me acompañaseis á este quarto, en donde por verdadero milagro de su Excelencia mi Señor Milord Som... abriese para siempre mis ojos á la luz, para ver y tocar con ella á mi fortuna, como firmemente lo espero de su palabra de honor, y de su generosidad. *Pro sæcula sæculorum amen.*

¿Pero todo eso, preguntó Hardyl, es verdad? = ¡y como si lo es! dixo Anton, sin duda por esto el gobierno, informado de otros casos semejantes al mio, habrá hecho cerrar el sepulcro. = Qué necesidad tenia Anton, dixo entonces el Lord Som... de fingir lo que no ocurriera al diablo; ved aqui las fuentes de gran parte de los milagros. Y habiendo entrado un poco antes su Mayordomo con los treinta luises, hizoselos contar y dexarlos sobre la mesa. ¡Qué vista tan deliciosa para quien se habia privado del uso de sus ojos! qué miradas tan anhelantes

no vibraba su alma sobre aquel monton de oro que habia de ser el cimiento de su fortuna! quántos dexan de ser ricos, y se quedan pobres por faltarles proporciones semejantes á la que el Lord Som... ofrecia al tio Anton, quedando atascada su industria en su miseria!

No se atrevia tocar Anton aquella preciosa cantidad despues que se la alargó el Mayordomo: y pareciendole un sueño lo que veía, estregabase los ojos como quien dudaba de haber recobrado la vista. Dixole entonces el Lord que se llevase aquel dinero, y que quando hubiese puesto la tienda, pues solo se lo daba para esto, viniese á darle aviso porque queria ir á verla, y certificarse si lo habia empleando en ella como decia. Anton, recogiendo los luises con demostraciones de extático reconocimiento y júbilo, prometió hacer lo que le encargaba; luego inclinandose para besar la mano á tan generoso bienhechor, rehusandolo el Lord, se salió, sin acordarse que estaban allí presentes Eusebio y Hardyl: tan enagenado lo tenia su alborozo.

Partido Anton, Eusebio quiso satisfacer al Lord la parte del gasto, poniendose á contar sobre la mesa los veinte luises, que á te-

nor de la proposicion que le hizo Hardyl, se le debian, pues venia á quedar asi repartido el gasto entre los tres, diez por cada uno de los treinta que el Lord habia entregado al ciego. Mas el Lord protestó, que no recibiria cosa alguna, diciendo: que queria quedar solo acreedor al que le habia á él solo agradecido la dadiva. Y aunque Eusebio, tocado en supundonor, le hiciese serias instancias para que recibiese aquellos veinte luises, no lo pudo conseguir.

Esta particularidad contribuyó para que se hiciese mas intima y mas familiar su amistad, de modo que el Lord Som... ya no sabía pasarse sin Eusebio. Y aunque Eusebio era serio y modesto, mezclaba tan dulce amabilidad en su reservado porte, que á pesar del respeto que exîgia de los que le trataban, haciase acreedor á su cariño, sin dexar él de hacer confianza de quien podia merecersela. La experiencia le enseñaba mas cada dia á estar siempre sobre sí sin manifestarlo y á respetar á los que no conocia, sin fiarse de ninguno, costandole no poco irse á la mano por la bondad de su corazon.

Esta justa reserva ibale fomentando insensiblemente la prudencia, hija de la circunspeccion, y le enseñaba á tomar tino y

conocimiento de las personas con las quales debia tratar. Ninguno conoce mejor al hombre que el que se precave de él. Y asi jactanse neciamente de conocer al mundo los que se echan de pechos en él, lisonjeandose de saber nadar en todos sus golfos, y de triunfar de sus engaños. Conocelo mucho mejor el que, advertido de sus traidores vagíos y falsas bonanzas, mira tranquilo y seguro desde la playa á los que, presumidos de sus fuerzas y discernimiento, luchan á brazo partido con las olas, las quales presto ó tarde hacen escarmiento de su necia presuncion.

La modesta reserva de Eusebio, aunque afable, podia merecer el título de timida y de encogida á los ojos de aquellos, que piensan valer mas por darse un ayre libre y desvanecido que llaman despejo, el qual les fomenta la descarada franqueza con que pretenden sobreponerse á los demas; dando á mas de esto un ayre marcial á sus afeminados modos, y una especie de donosa galanteria à su afectada presuncion, con la qual, en vez de grangearse el ageno concepto y estimacion, como se lisonjean, hacense al contrario mas despreciables, no habiendo cosa ninguna que se haga mas risible, y digna de menosprecio que la desvanecida afectacion

del necio. Este defecto nace comunmente de la opinion que los tales se forman de sí mismos, y del desvanecimiento que les infunde la riqueza por hallarse con medios para adornar su presencia con el rico trage.

Eusebio tenia dos fuertes preservativos contra estas flaquezas: conservaba el trage sencillo de Quakero, y el contínuo exercicio de la virtud contenia sus pensamientos en los límites de una moderada superioridad, la qual no se manifestaba al exterior, reservandola solo para los sentimientos de la virtud que no se sujeta á exteriores apariencias. Otra partida, que hacia apreciable su trato y amistad, eran las luces y conocimientos que habia adquirido con el estudio, y que conservaba frescos su feliz memoria, contribuyendo ésta para hacer mas amena su conversacion, y no para afectar que sabía. Calidad rara en un jóven dedicado al estudio de sobreponerse á la vanidad que comunmente infunden las letras.

Libre de este vano prurito, no traia de los cabellos lo que no venia al caso; ni tomaba la mano para interrumpir al que la tenia en el discurso, mucho menos contradecia al que erraba, ó citaba falso delante de otros: por ansia inmoderada de adquirir con-

cepto á costa de la agena humillacion preferia el modesto silencio, aunque llevase visos de ignorancia y de encogimiento á la molesta descortesia, contentandose de evitar el error que notaba en otros. Olvidaba que sabia la lengua griega y latina, luego que dexaba tales libros de las manos; y aun á los que sabian que las poseia, les ahorraba la importuna molestia de citar los autores, y de sacarlos á plaza, viniese ó no viniese al caso, si á ello no era incitado. Y aun entonces lo hacia con tan juiciosa parsimonia, como si el que le preguntaba, y el que oia sin haberle preguntado, estuviera tambien enterado de lo que decia.

Londres y París le dieron muchas ocasiones de exercitar en esto su moderacion; pero en especial la posada en que entonces se hallaba por concurrir en ella muchos caballeros ingleses. Generalmente la nobleza inglesa es la mas culta é instruida, efecto ciertamente de la educacion: mas ésta debe su adelantamiento á la filosofía, despues que desprendida de las telarañas, y sacudido el moho en que por tantos años la tuvo envilecida la barbarie de las escuelas, dilató sus luces baxo el amparo de la libertad, y disipó las tinieblas de las preocupaciones, las quales

atando el alma, y encogiendo el entendimiento del hombre, no le permitian alzar el vuelo al templo de la sabiduria, sino que, como esclavo, lo tenian atado á la argolla de la ignorancia, alimentandolo de sutilezas ridículas, y de insulsas puerilidades, temiendo que con la libertad cobrase fuerzas, y alas vigorosas para levantarse en vuelo semejante al de Icaro.

No hay duda que son peligrosos los progresos del entendimiento, si no los rige la virtud por el camino de las ciencias. La mente del hombre, exênta y libre de las ataduras de la ignorancia, cree levantarse sobre la tierra, y acercarse al seno de la Divinidad, cuyos secretos pretende indagar. Desvanecida de las luces que adquiere, forjase leyes y principios á su antojo, tomando sus deslumbrados caprichos por norma de la verdad, y desdeñando sujetarse al comun sentimiento de los demas hombres, á quienes mira desde el trono en que le parece que la colocó la ciencia, como á ganado vil que pace en prado concegíl. Su razon altiva, solicitada, y adulada de sus passiones, dexase llevar de sus presumidos antojos; y estos, sin el freno de la virtud que los pudiera contener, arrastranla al despeñadero del error.

Pero al contrario, el alma contenida de la virtud, y educada en el seno adorable de la moderacion, de la integridad, del recato, de la templanza y modestia, se levanta bien, sí, en las alas de sus conocimientos al templo de la sabiduria; pero cubre desde allí sus ojos respetuosos ante el divino acatamiento, y adorando los secretos inescrutables de su poder y de su providencia, toma nuevas luces de su resplandor para indagar las verdades de la naturaleza, recibiendo de éstas vigor para sacudir las tinieblas de las preocupaciones y de los perjuicios de la ignorancia, y para volver sobre sí misma las luces adquiridas. Purifica asi con ellas sus siniestros afectos y sentimientos, y perfecciona su ser, que es la mira principal de la verdadera filosofía, y digno tributo del hombre á su divinidad. Esta, infundiendo en nuestros corazones los destellos de sus divinos atributos, fecunda con ellos las semillas de las virtudes, para que con el uso de la razon iluminada halle en ellas remedio contra los males que lo cercan, y fomento de la felicidad, que en vano el hombre pretende encontrar fuera de su mismo corazon.

En estas máxîmas habia sido educado el Lord Som... que era uno de los muchos que

se hallaban en la misma posada con Eusebio; pero no tuvo á Hardyl por maestro, y no le hicieron poner por obra los sabios consejos que recibia, y los exemplos opuestos desmentian á sus ojos la enseñanza que le dieron sus maestros. Su alma, no estando amoldada á la virtud, se dexó torcer facilmente, y pervertir de sus ardientes pasiones, provocadas de la grandeza, de la ostentacion, y de la fortuna que lo acariciaban desde la cuna. No era pues de estrañar, que quan culto é instruido era su talento en las ciencias y erudicion, tuviese su corazon tan corrompido, y fuesen tales sus máxîmas que lo hiciesen un consumado libertino. La religion era para él un espantajo formado para el rudo pueblo. La virtud, sueños de los filósofos, y un ente de razon que no exîstia sino en las ideas de la gente devota.

Su suma felicidad era el mal interpretado epigrafe de la escuela de Epicuro; la norma de su obrar, sus antojos. Revestia, no obstante, su conducta con un noble y afable despejo sin resabios de afectacion, conservando en su interior las buenas calidades de humano, benéfico y generoso, que pueden hermanarse con los vicios. En algunos de estos no iba tan recatado el Lord Som... que

no lo echase de ver Eusebio; pero sabía prescindir en su amistad de la conducta de su amigo, aunque se aprovechase de las ocasiones que le daba su confianza para declararle sus contrarias máxîmas, no solo acerca de la religion, sino tambien sobre las costumbres.

Quanto mas amigable oposicion encontraba el Lord en los sentimientos de Eusebio, tanto mas se le avivaban los deseos de pervertirlo, llevando á mal que un jóven tan instruido se anduviese por los tristes andurriales, como le decia, de la filosofía moral, y mucho mas, que en medio de París fuese con las calzas atacadas de Quakero. Y sobre esto lo motejaba principalmente: porque como hubiese maquinado corromperlo, comenzando por el lance que luego le jugó, queria disponer su ánimo para ello, ocurriendole el estratagema de Eutrapélo, de quien dice Horacio, que

Quicumque nocere volebat,
Vestimenta dabat pretiosa. Beatus enim jam
Cum pulchris tunicis, sumet nova consilia,
& spes;
Dormiet in lucem; scorto posponet honestum
Officium.

Lo que prueba, que el interior necesita de tomar exteriormente preservativos contra los vicios para fortalecer mas los sentimientos interiores del ánimo.

Lisonjeandose, pues, el Lord Som... de salir con sus intentos, si llegaba á conseguir que Eusebio dexase su trage de Quakero, insistia siempre sobre ello. Mas Eusebio, en vez de mostrarsele resentido, le decia al contrario: que no tendria ninguna dificultad de dexarlo, y de vestirse á la francesa, ni de llevar el vestido mas rico, sino fuera, porque estando tan acostumbrado á vestir sencillamente, le causaria mil engorros el nuevo trage; no solo por el perdimiento de tiempo, y las molestias que llevaban consigo el deberse peynar, componerse, y asearse, sino tambien, porque si tomaba el trage francés, lo avasallaria á mil etiquetas é inconveniencias de que lo libraba enteramente el vestido de Quakero.

El Lord, no encontrando medio de reducirlo, piensa que lo recavaria por via de apuesta; y asi, comenzó á decirle: que tales no eran los motivos como decia, sino que era efecto de preocupacion, y que apostaria otros treinta luises para las hijas del ciego que no se vestia á la francesa.

Eusebio, picado de aquella apuesta, la acepta con el fin de ganar los treinta luises para aquella pobre familia. Sobre la marcha se llama al sastre: Eusebio se dexa tomar medida; y el sastre promete para el otro dia el vestido acabado, como lo cumplió. Una de las condiciones que el Lord Som... exîgia era, que se habia tambien de peynar; y á ella vino bien Eusebio, porque aunque veía á bulto los engorros que llevaba aquel trage, no creía que le habian de molestar tanto; pero luego que vio entrar el peluquero con sus hierros, peynes, pomadas, y polvos, y que comenzó á empapirotarlo, y aplicarle los hierros calientes para hacerle los rizos, sintió haber admitido la apuesta, y hubiera venido bien en perderla, antes que dexarse martirizar, si Hardyl, riendo del antojo del Lord, no le dixera, que lo mas estaba ya hecho; y que asi tuviese un poco mas de paciencia, y acabase de probar los efectos molestos á que los hombres se sujetan para no faltar á los caprichos de la moda, y de los devaneos á que los obliga.

Con esto se dexó peynar; se calza de nuevo, y ponese finalmente el vestido, que le venia pintado, diciendole Altano mil lindezas. Vestido ya del todo, sale para ir á

exîgir del Lord Som... los treinta luises. El Lord lo recibe con grandes demostraciones de alborozo, y con encómios de su bella presencia, dandole los parabienes por haberse despojado del hombre viejo, y del trage ridículo de Quakero; pero acerca de los treinta luises, le dice: que no lo creía enteramente vencedor de la apuesta, pues se debia entender que habia de salir fuera de casa con aquel vestido y dexarse ver en algunas visitas. Que tal habia sido su intencion en la apuesta; y que para prueba de ello le prevenia, que habiendo estado la noche antes en casa de la Duquesa de la Val... y habiendole contado su apuesta con él, habia ella mostrado deseos de verlo, y que aquella misma mañana recibiria recado suyo para que fuese á comer á su casa.

Aunque Eusebio sostenia que las condiciones de la apuesta debian ser claras y no interpretativas, quiso con todo ceder á las pretensiones del Lord. Llegó entretanto el villete de la Duquesa, que dió motivo para que el Lord se lo llevase consigo fuera de casa, convidandolo á ver aquella mañana, antes de ir á casa de la Duquesa, el gabinete del Rey de Francia, preparandolo poco á poco para el terrible lance que habia determinado jugarle aquella misma noche. Estaba bien lejos Eusebio de imaginarselo, ni de temerlo; pero por fortuna encontró en el mismo gabinete del Rey un preservativo contra las asechanzas del Lord, sin reputarlo entonces Eusebio por tal, pues ignoraba el peligro que habia de correr su virtud.

¿ Quién creyera que pudiese conservar tanta fuerza un objeto insensible, hallado acaso en aquel gabinete, para fortalecer los virtuosos sentimientos de Eusebio en la ocasion mas peligrosa? Asi el Talabarte que habia llevado el jóven hijo de Evandro, determinó el ánimo vacilante de Eneas para triunfar de Turno. Iban el Lord y Eusebio cebando su curioso y erudito gusto en los objetos que se les presentaban. Eusebio mirabalos con reflexîon, el Lord Som... con delicada ligereza, creyendo ver bastante lo que miraba. Pero no es lo mismo ver que mirar: tantas cosas se presentan á los ojos, que no llegan á los del alma. La vista del sabio es la reflexîon.

Como el Lord fuese, pues, como ligera mariposa desflorando lo que veía, pasósele por alto una preciosidad, la qual fixando la atencion de Eusebio, llegó casi á sacarle tiernas lágrimas. Era un escudo de plata maciza,